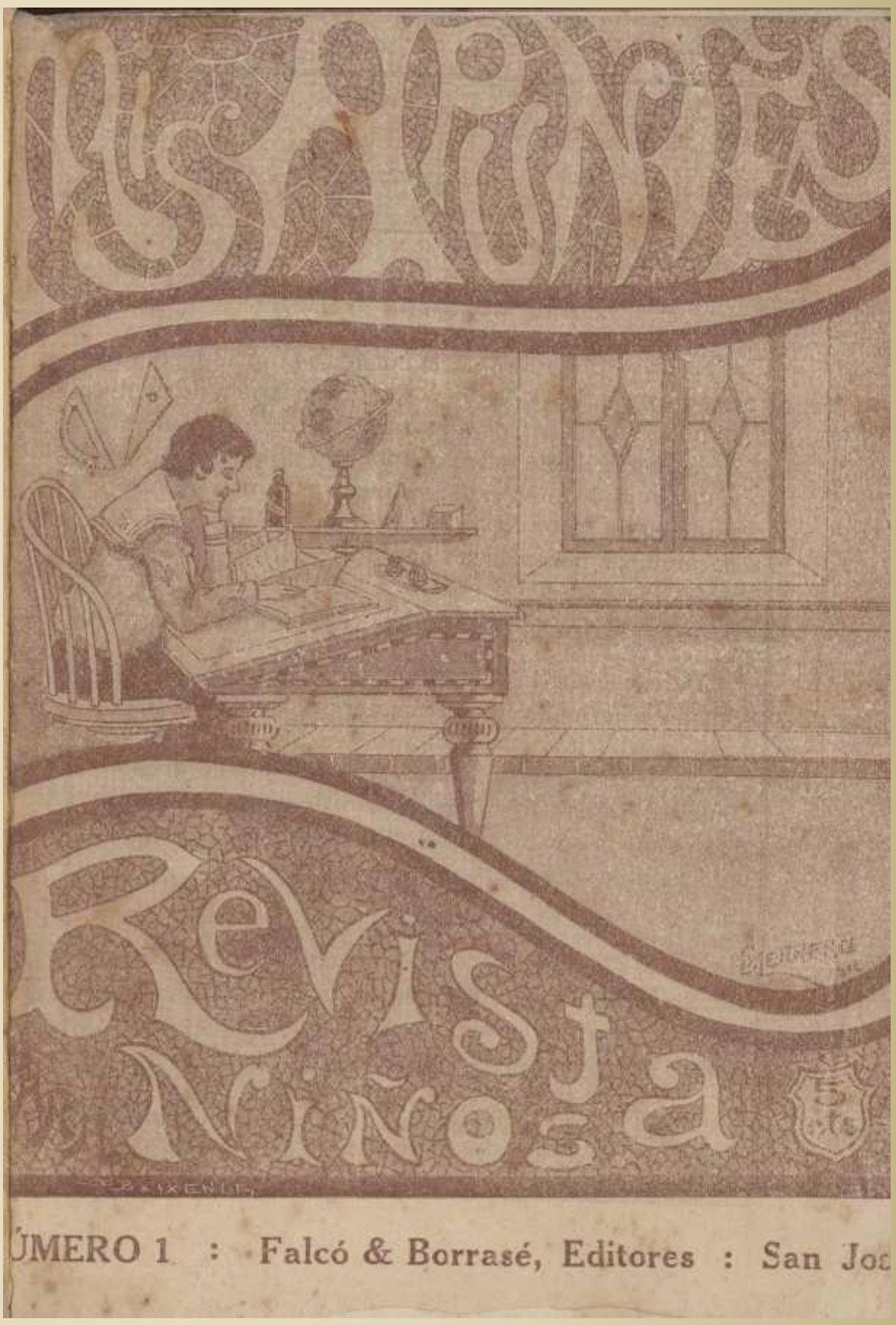
Mis Apuntes

La mayoría de revistas y periódicos está digitalizada y aparece en el portal de la Biblioteca Nacional. Se ofrece una imagen del artículo como una muestra y el link para quien desee leerlo.

Cuando el texto de Carmen Lyra no ha sido digitalizado, se propone una fotografía del mismo.


Revista
Ninosa
5 cts
ÚMERO 1 : Falcó & Borrasé, Editores : San Jo

Las agüelitas

Las arañas que viven bajo mi alero, estaban muy atareadas. Cada una llevaba y traía su hilo sin abrir la boca. De pronto, noté cierta inquietud en el telar instalado bajo mi alero: un colibrí vibraba entre las pudreorejas que adornan la ventana. Metía su pico largo en las campanillas moradas y se zambullía los inocentes insectillos que por allí andaban. Luego se puso a danzar frente a las asustadas tejedoras.

—Buenos días señoras, dijo. No os azoréis tanto, que ya mi buche está lleno y no tengo la menor intención de haceros daño.

Las arañas se deshicieron en cortesías.

—Buenos días señor Colibrí. Señor Colibrí, buenos días. Nos alegramos por Ud. y por nosotras de que su buche esté lleno.

El pájaro preguntó:—Y por qué trabajáis con ese afán? A no veros, hubiera dicho, bajo el alero no había alma viviente.

—Oh! señor Colibrí. no sabe Ud? No ha oído nada? Esta tarde no lloverá, el viento nos ha contado que no llover.' y entonces esos insensatos animalillos que el dueño de la casa llama sin ton ni son, agüelitas, saldrán a celebrar la fiesta de sus bodas.

La más servil añadió con zumba:—Muchas de ellas, celebrarán sus bodas en los hilos de nuestras telas; aunque son tontas, no dejan de ser buen bocado. Venga Ud. por acá esta tarde, señor Colibrí, no se acueste temprano y le aseguro que tendrá una comilona.

El colibrí rió con risilla burlona— Qué comadre tan oficiosa! —dijo y se alejó veloz.

En efecto, no llovió. Estábamos en el Veranillo de San Juan y la tarde fue una de esas tardes deliciosas que son como una flor entre la tristeza del invierno. Los celajes que adornaban el cielo eran amarillosos y las copas de los árboles y los tejados parecían bañados

en miel. Los niños jugaban en la calle y sus gritos llenaban de dulce alegría el corazón de las personas viejas que los escuchaban.

Como dijeron las arañas que viven bajo mi alero, ejércitos de agüelitas salieron al aire libre y poblaron la luz dorada de la tarde. Los niños dijeron que parecían chispitas que caían del cielo, y reían sacudiéndolas de sus cabezas y de sus vestidos.

Muchas se quedaron en las ventanas y correteaban sobre los vidrios con su andarcillo contoneado que a mi me recordaba el de mi vecina del frente, una muchacha bajita y regordeta. Otras quedaron presas en las telarañas. Y ¡qué hipócritas, me parecieron aquellos hilos que brillaban al sol cual si fueran de oro, con un aire tan inocente! El colibrí y algunos comemaices trasnochadores, sembraban de rato en rato el terror entre los alados insectos.

Yo pensaba con cuánto sobresalto celebraban las agüelitas sus bodas!

Uno de los niños que jugaban en la calle, fue llamado por su madre. El pequeño se negaba a acostarse, porque la tarde era bella y porque las agüelitas con ser tan chirriscas, mil veces más que él, no pensaban en ir a la cama.

—Tienen las alas tan lindas, mamá! Las habrán hecho con pedacitos robados al arco-iris?

El padre intervino. Era un hombre que ya tenía canas y no podía ver las agüelitas con los mismos ojos de su hijo. Además había leído mucho y hasta había puesto cuerpos de agüelitas en el cristal de un microscopio para saber cómo están formadas.

—Sí, tienen las alas hechas con mucho primor y nunca las reinas más poderosas llevarán en su cabeza velos tan delicados. Sin embargo, sólo los niños que no saben de tuyo y mío y los vagabundos sin hogar, podrán mirarlas con simpatía. Has visto esos agujeritos que hay en los muebles de madera y en las vigas? Pues cada uno es la entrada de un largo corredor que tus agüelitas han hecho con sus mandíbulas que son muy fuertes. La madera es su alimento y sólo ciertas maderas como la del cedro amargo, logran escapar a su voracidad. Y comen hasta que la luz les avisa la delgadez de las paredes, y así dejan muebles y casas en apariencia intactos en tal estado que bastaría el menor esfuerzo para hacerlos caer desmoronados. Recuerdas los montoncillos de granos diminutos de forma

ovoide, que a menudo se hallan al pie de los agujeros de que te hablo o que amanecen en los pisos? Son las deyecciones que van dejando. A veces, en el silencio de la noche, los oigo caer sobre mis papeles y me da una gran tristeza, por que pienso que esos constantes trabajadores destruyen esta casa que hizo mi padre para fundar su hogar, en la que vivió mi madre y que ahora abriga tu adorada cabeza y la querida cabeza de tu madre.

Conozco la iglesia de un pueblo de San Ramón la cual ha sido preciso reconstruir dos veces. Y son hermanos de las agüelitas que esta tarde danzan en el aire, quienes la han destruido. Como son criaturas inocentes, no saben que hasta Dios tiene casa, y así no es de extrañar se hayan comido tranquilamente la casa de Nuestro Señor.

Se encierran entre la madera un año y al cabo de él, nacen en su espalda las alitas que tanto te gustan. Salen a millares, como si una voz fuera ante cada agujero y dijera: «Venid!» Y en efecto hijo mío, una poderosa voz, la voz del Amor es la que los llama y a su sonido, les brotan cuatro alitas irisadas, que llevan tras sí como muchachas vestidas de

novias, su velo de encaje Tú no comprendes aun el encanto que esto encierra, pero te digo que es hermoso les broten alas para amarse.

Cuando seas hombre, no olvides que tu padre se conmovía pensando que a las humildes agüelitas les nacen alas para celebrar sus bodas, y entonces, haz que tu pensamiento ponga alas a tu corazón que le servirán para volar cuando el Amor lo llame....

Luego se juntan en parejas y la hembra ya fecundada va a abrir una galería en el primer lugar apropiado que encuentra, ya en una viga, ya en una pared, etc. y se encierra tapando la entrada con cera. Allí dentro deposita una gran cantidad de huevecillos de los cuales saldrán esos diminutos gusanos blancos que todos hemos visto al partir un pedazo de madera vieja y carcomida.

Las agüelitas y todos sus parientes cercanos conocidos con el nombre de comejenes, hacen mucho daño. En el Africa lejana tienen unos primos, los térmites u hormigas blancas, quienes se construyen nidos hasta de tres metros de altura.

Si los hombres no se hubieran creado tántas necesidades, muchos de los seres que viven en torno nuestro y a los que nos vemos

obligados a destruir, estarían en paz. Me da tristeza la idea de que es preciso perseguir a tus graciosas agüelitas. Ya ves, la naturaleza las hizo de tal modo que su alimento es la madera; por lo tanto eso es lo que buscan y al hombre que no le conviene, las persigue.

* * *

Mi vecino creyó terminada su conversación sobre las agüelitas. Y esa noche, mientras yo leía, las vi ir y venir en parejas sobre mis libros, sobre las paredes y observé que muchas dejaban sobre mi mesa sus alas que se les desprendían sin gran dificultad. Entonces quedaban desnudos unos animalillos semejantes a diminutos gusanos con dos ojitos negros apenas visibles...

Por la mañana las aceras y el agua negruzca de los desagües estaban cubiertas de alas de agüelitas. Dijérase que por la noche el viento pasó deshojando sobre la ciudad, maravillosas flores de pétalos transparentes e irisados....

CARMEN LIRA

Recomendamos el "Jardín para Niños"

Lira, Carmen. (1916). Las agüelitas, *Mis Apuntes*, 1, 5-11. Recuperado de: http://www.sinabi.go.cr/biblioteca_ninos_jovenes/revistas/revistas%20infantiles/mis%20apuntes/01a-Mis%20apuntes%2

La mariposa azul

(Nunca la más completa colección de mariposas prendidas de un cartón, podrá ofreceros la belleza que os regala una sola cuando agita sus alitas sobre una flor).

Dos lindas cabezas coronadas de crespos oscuros se inclinaron sobre la mesa para mirar cuidadosamente la mariposa azul prendida en un cartón por medio de un alfiler que le atravesaba el cuerpo.

—Mira, Miní, todavía está viva. Mueve las alitas.

—Trece, catorce, quince. Ya tengo quince Maruja, dijo el niño al acabar de contar las mariposas muertas que estaban prendidas al lado de la azul y cuyas alas producían un sonido parecido al de las hojas secas, cuando las pequeñas manos las tocaban. ¡Qué linda colección voy a hacer!

Miní y Maruja, a dormir—dijo una voz amorosa desde la puerta. Ya son las ocho.

Después de refunfuñar un poco las dos lindas cabezas adornadas de crespos oscuros, se alejaron. Allí cerca estaba la camita blanca y las manos suaves de la madre se pusieron a desvestir los niños.

—Mamá, la mariposa azul con ojos negros en las alas que cojí hoy aun está viva.

—¿Le duele, mamá? preguntó María.

—Ya lo creo, niña. Ustedes son unos chiquillos mal corazón—contestó la madre.

Los dos niños envueltos en sus camisas blancas de dormir, se arrodillaron en el lecho y pusieron las manos juntas. Ellos pedían a su ángel de la guarda los protegiera y le prometían ser buenos.

La linda mariposa azul prendida en el cartón pensó: ¡Qué bellos niños y qué buenos parecen! Sin embargo me han atravesado con un alfiler y cuánto padezco. ¡Ese ángel de la guarda, de que hablan, debe estar muy disgustado con ellos!

—Cuéntanos cuentos del Niño Dios, mamacita, dijeron Miní y Maruja poniendo sus cabezas en la almohada.

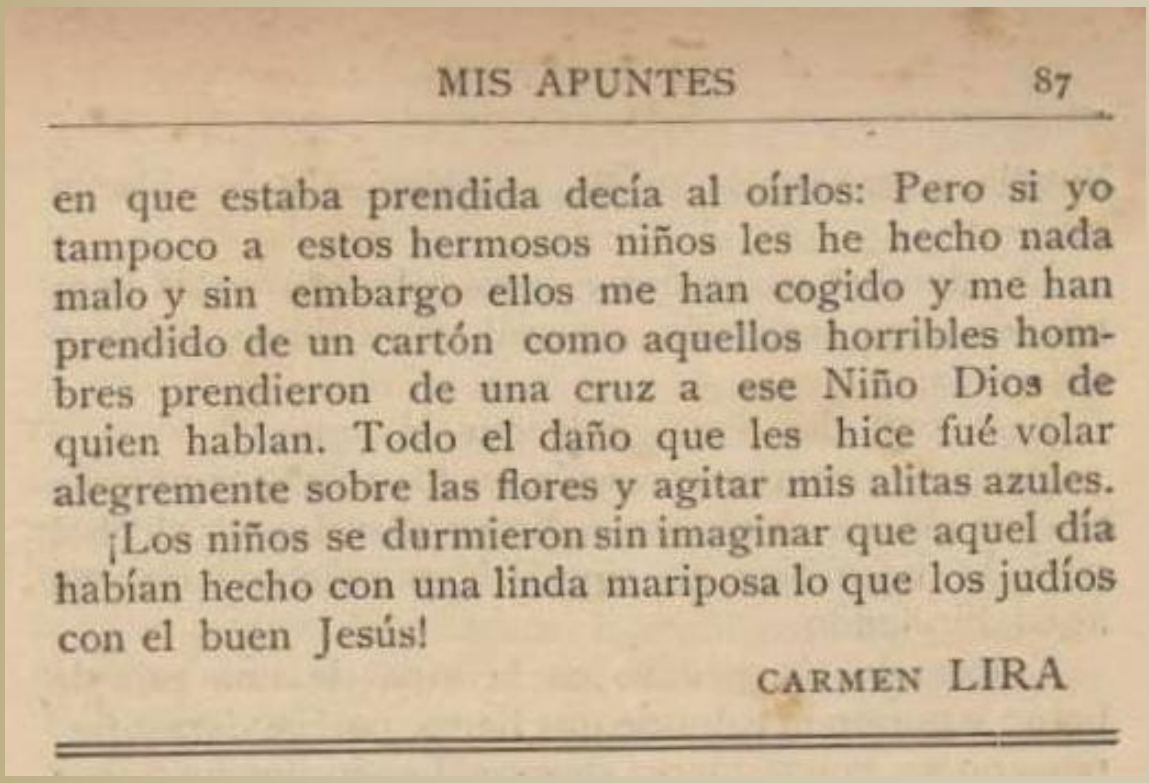
La madre les refirió cómo San José había sido carpintero y el Niño juntaba los colochos y los llevaba a la cocina para que la Virgen prendiera el fuego y cómo una vez se huyó el muy pícaro como un mal niño y dejó a los padres sufriendo mucho. Cuando llegó al pasaje en que los judíos lo coronaron de espinas y lo prendieron de una cruz atravesándole el cuerpo con clavos, los dos niños tenían los ojos llenos de lágrimas.

—¡Qué malos hombres!—decían sollozando. ¿Eran muy feos, mamá?

—Si yo hubiera estado entonces—exclamó Miní—les tiro una pedrada y salgo corriendo.

—Y yo otra, añadió Maruja. ¿Por qué hicieron eso con *tatica* Dios si él no les había hecho nada malo?

Y la linda mariposa de oro y azul, desde el cartón



MIS APUNTES 87

en que estaba prendida decía al oírlos: Pero si yo tampoco a estos hermosos niños les he hecho nada malo y sin embargo ellos me han cogido y me han prendido de un cartón como aquellos horribles hombres prendieron de una cruz a ese Niño Dios de quien hablan. Todo el daño que les hice fué volar alegremente sobre las flores y agitar mis alitas azules.

¡Los niños se durmieron sin imaginar que aquel día habían hecho con una linda mariposa lo que los judíos con el buen Jesús!

CARMEN LIRA

Lira, Carmen. (1917). La mariposa azul, *Mis Apuntes*, 5, 85-7. Recuperado de: http://www.sinabi.go.cr/biblioteca_ninos_jovenes/revistas/revistas%20infantiles/mis%20apuntes/01e-Mis%20apuntes%20junio%20n5.pdf

Don Alberto González Ramírez

Voy a hablaros de un costarricense que murió hace unos cuantos años. Algunos de los niños que leen estas líneas, son compañeros de dos de sus hijos: de Alberto y de Luis.

Jamás lo ví, y sin embargo hay en mi corazón un cariño y una veneración por este hombre muerto, que nunca han logrado despertar muchos de los hombres vivos que encuentro cada día en mi camino.

A menudo mi pensamiento ha ido a buscar frescura a la sombra de esta memoria honrada.

Figuraos un hombre muy bajito, muy bajito, pero de una bondad y una honradez que llegaban hasta las nubes. Figuraos un hombre que jamás permitió que el dinero alcanzara la altura de su corazón. Quién sabe si comprendéis lo que con esto quiero significar, porque sois niños y no sabéis que la mayoría de los hombres grandes, dejan ahogar sus buenos sentimientos entre pesetas y colones.

Yo he aprendido a amar su memoria en el hogar que él formó. Muchas veces su recuerdo ha venido a

sentarse frente a mí, en una salita que quiero mucho, tibia y olorosa a lealtad, al lado de la que fué su compañera y rodeado de sus hijos.

Sé de él que sin título de ingeniero hizo lo que ingenieros con títulos llenos de líneas doradas y firmas complicadísimas no pudieran hacer: el estudio y trazado del Ferrocarril al Pacífico y parte de la construcción de esta obra. Así pues, los de vosotros que viajéis por este ferrocarril, pensad que esta vía se trazó primero en la cabeza de aquel ingeniero pequeñito que no tenía título.

En esas regiones malsanas dejó la salud. La vida que hizo después que terminó esos trabajos fué muy triste. Entre aquellos breñales y pantanos se desgarró y se hundió la alegría de su corazón y la paz de su hogar.

En una revista que se publicó en otro tiempo en Costa Rica titulada, *Páginas Ilustradas* he hallado lo que sigue: «El nombre del ingeniero González Ramírez lo encontramos en muchos de los trabajos de las empresas ferrocarrileras de Mr. Minor C. Keith. Desempeñó varios puestos dignos de recordarse, como el de jefe del levantamiento de la línea que corre entre Cartago y Turrialba y jefe de los trabajos de mampostería, cuando estaba construyéndose dicha sección. En Marzo de 1893 Mr. Keith dióle una carta de recomendación en la cual alababa los servicios ya indicados y además admira la obra del puente de Birris que fué pedido por las medidas que él dió, y construido bajo su dirección. Esta carta fué confirmada por el ingeniero del Ferrocarril de Costa Rica, por los cónsules de Estados Unidos, Inglaterra y Alemania», etc.

Cuando seáis grandes recordad ésto, y no déis méritos a las personas por los títulos que carguen y pensad que el valor no está siempre en medallas o en papeles llenos de dorados y sellos.

Sé de él también, que al hacer su trazado de la línea al Pacífico, algunos dueños de terrenos en esa zona le ofrecieron grandes sumas de dinero porque la pasara por sus propiedades, pero él no la desvió a pesar de su pobreza, del rumbo que su conciencia de hombre honrado le señalara.

En la salita tibia y familiar en que se reunen por la noche los seres que él amó, su memoria es evocada con asuntos tiernos y dulces. Allí he aprendido que siendo casi un niño, como muriera el padre, tuvo que hacer de jefe de la familia que lo amó siempre con un doble afecto, como al padre abnegado y como al hermano cariñoso.

Sus hijos hablan. Yo escucho emocionada:

¿Recuerdas cuando jugábamos frío frío, calor calor, sobre papá y escondíamos el granito que había que buscar entre una de sus orejas?

Otro dice:

¿Recuerdas cuando nos peleábamos por el bastón de papá, para hacer figuras en la arena alrededor del Monumento?

Yo pienso: ¡Ah! Entonces vivían frente al Parque Nacional, y veo la figura imaginaria y sin embargo tan real como las otras que me rodean, pasear bajo los árboles del parque y seguir con ojos amantes los juegos de sus pequeños.

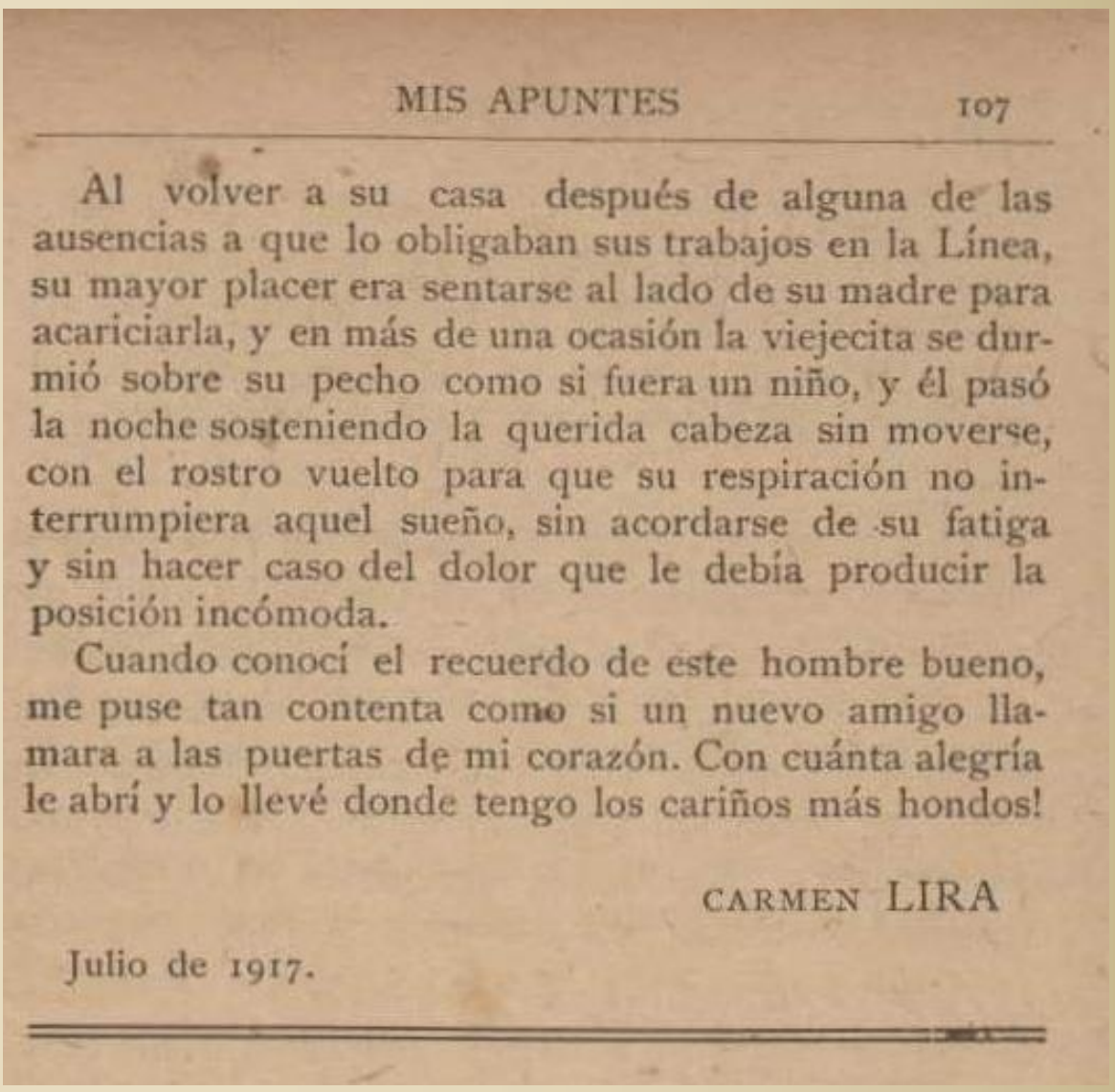
¿Y aquella vez en que una de sus hijas, entonces una gurrumina, robó llena de dolor el pescado que

la cocinera tenía listo para el almuerzo, y escondida tras una puerta lo envolvió en su delantalcito y trató de calentar al yerto animal? Cuánto conmovió esto al padre que se puso del lado de la chiquilla y no permitió que el pescado sirviera de almuerzo!

En una ocasión se metió en una casa en donde oyó los gritos de un niño y defendió a una muchachita a quien su madre castigaba. Y en otra, mientras hacía las medidas de los lotes de Amón, vió a una mamá bañando en el río a su chiquillo, que era jabonado y zarandeado de tal modo, que estaba esmorecido. Entonces dejó su trabajo y con una indignación semejante a la que llevó a don Quijote a defender a Andresillo de los azotes del desalmado labrador, bajó al río, libró al muchacho de aquel baño brutal, se arremangó las mangas y se puso a enseñar a quella madre como se baña a un niño sin hacerlo llorar.

Hay un libro que ustedes deben buscar y que se llama *Las Vidas Paralelas de Plutarco*. En él se cuenta de Cleobis y Bitón, hermanos muy amantes entre sí y muy amantes de su madre, los cuales como los bueyes que tiraban del carro que llevaba a ésta al templo, estuviesen cansados y se tardasen, los desuncieron para ponerse ellos en lugar de los animales y así la habían llevado al templo entre las bendiciones de todos los ciudadanos y con el mayor contento suyo. Luego la fatiga los hizo caer muertos.

Yo sonrío al recuerdo del padre que ha venido a sentarse entre los suyos en aquella sala de que os hablé. Es que hay algo en su vida, que me hace pensar en Cleobis y Bitón:



MIS APUNTES 107

Al volver a su casa después de alguna de las ausencias a que lo obligaban sus trabajos en la Línea, su mayor placer era sentarse al lado de su madre para acariciarla, y en más de una ocasión la viejecita se durmió sobre su pecho como si fuera un niño, y él pasó la noche sosteniendo la querida cabeza sin moverse, con el rostro vuelto para que su respiración no interrumpiera aquel sueño, sin acordarse de su fatiga y sin hacer caso del dolor que le debía producir la posición incómoda.

Cuando conocí el recuerdo de este hombre bueno, me puse tan contenta como si un nuevo amigo llamara a las puertas de mi corazón. Con cuánta alegría le abrí y lo llevé donde tengo los cariños más hondos!

CARMEN LIRA

Julio de 1917.

Mis Apuntes

Lira, Carmen. (1917). Don Alberto González Ramírez, *Mis Apuntes*, 6, 103-7. Recuperado de:

http://www.sinabi.go.cr/biblioteca_ninos_jovenes/revistas/revistas%20infantiles/mis%20apuntes/01f-Mis%20apuntes%20julio%20n6.pdf

Todas las imágenes de la Memoria Digital de Carmen Lyra fueron revisadas por el Programa de Publicaciones de la Universidad Nacional y los libros digitales realizados por Jenny Segura Barboza.